

La mujer ante el nuevo siglo

Ester Velasco, Patricia Castillo y María Frechilla

Miembros de la comunidad cristiana «Escaguis» (Parroquia San Ambrosio), Madrid

Feminización de la pobreza

En los últimos años ha cambiado la perspectiva desde la que se enfoca la problemática de la mujer. Actualmente las mujeres en su relación con la educación y con el trabajo, con la economía y la política, con el consumo y el ocio, con la droga y la delincuencia, con la complejidad de facetas que ofrece la problemática social ocupan y preocupan. Y uno de los temas más recientemente incorporados a esta problemática ha sido la relación entre las mujeres y la pobreza.

Para buscar la forma de impedir y resolver la relación entre mujer y pobreza es preciso conocer y analizar los siguientes parámetros: el número de mujeres pobres, la proporción de ellas en los ocho millones de personas que viven en España con rentas inferiores a 22.000 pesetas, la tasa de paro de las mujeres, su presencia en las bolsas de marginación por vejez, por falta de empleo, por insuficiencia de los Servicios Sociales, por malvivir en chabolas, por pura desnutrición, por su condición de inmigrantes o el dato de que uno de los dos millones de excluidos sociales que hay en nuestro país son mujeres entre veinte y cuarenta años.

El término feminización de la pobreza significa que la proporción de mujeres sobre el total de pobres ha aumentado. En una primera aproximación ese incremento se explica por razones familiares: incremento del número de separaciones y divorcios que deja a las mujeres económicamente desprotegidas; por razones

económicas: su mayor dificultad a la hora de acceder y obtener un trabajo y un salario suficiente; por razones demográficas: la mayor longevidad de las mujeres. En general se considera que la estructura familiar está a la base del problema, una institución que todavía hoy sitúa a los hombres en el ámbito de producción de riqueza y a las mujeres en el ámbito de la reproducción.

El camino recorrido por la igualdad entre los sexos ha situado a algunas mujeres como interlocutoras privilegiadas a la hora de hablar de riqueza: diputadas, empresarias, catedráticas, ejecutivas, mujeres ocupando puestos en la administración; niñas y jovencitas obteniendo unos resultados escolares mejores que sus compañeros, chicas accediendo a carreras y profesiones tradicionalmente consideradas como masculinas. En la otra cara de la moneda están las mujeres paradas, las que buscan empleo, las que carecen de recursos económicos y las que siguen dependiendo para sobrevivir de un hombre o en su defecto de la caridad colectiva, las delincuentes, las toxicómanas, las inmigrantes, las niñas y jovencitas que fracasan en sus estudios, chicas frustradas en sus expectativas formativas y profesionales.

El camino hacia una vida digna de hombres y mujeres es largo y no ha hecho más que comenzar en los países ricos. *Si en los países ricos las mujeres que disfrutaban de una condición de igualdad con el hombre son muchas menos que las que se encuentran en situación de discriminación, en los países empobrecidos esta realidad es aún más dramática.*

La supremacía del hombre sobre la mujer a todos los niveles es escandalosa, sobre todo cuando ésta produce infelicidad en la mujer que la padece. La mujer en los países en vías de desarrollo es la que sobrevive a la guerra y rehace los países, es la que alimenta a los hijos aunque no tenga qué comer, es la que hace kilómetros para buscar agua, es la que soporta un marido castigador velando por la supervivencia de su familia, es la que trabaja de sol a sol sin ningún reconocimiento social, es la que se deshace las manos en el río para que sus hijos vayan dignos al colegio, es la que se queda embarazada con quince años porque por fin encontró en aquél que la embarazó alguien que le dijera una palabra bonita o le hiciera una caricia, es la que permanece días delante de la cama de su hija que irremediamente va a morir por falta de recursos, es la que te acoge en su casa con todo el cariño y un trozo de pan y té; es la que espera contra toda esperanza.

A estas mujeres y a aquellas que en nuestro primer mundo no tienen su dignidad reconocida es a las que Jesús viene a traer especialmente su liberación, es a las que anuncia en primer lugar su presencia resucitada. Algunas de ellas ya lo han descubierto y se sienten mujeres liberadas.

Las raíces de la liberación de la mujer

Desde la fe cristiana, desde la mirada liberadora de Jesús, podemos las mujeres creyentes descubrir una nueva dimensión transformadora de nuestro ser mujer, como personas, como Hijas de Dios.

Si nos acercamos al Evangelio desde nuestra propia historia, desde nuestra situación de mujeres decididas a defender nuestra dignidad como personas y manteniendo nuestra esperanza en Dios, entramos en un diálogo fecundo y transformador con aquellas mujeres con las que Jesús se relacionó. Del modo en que Jesús se relaciona y se posiciona con las mujeres de entonces, podemos hoy ir descubriendo su poder libertador en nosotras.

- Una acción liberadora de Jesús sobre María de Nazaret, su madre, es el de la liberación de los mitos, de los grandes símbolos y de las bonitas palabras. La feminidad-maternidad es

manipulada con frecuencia para ensalzar a la mujer en lo abstracto y después subestimarla en lo concreto. Kierkegaard sostenía que «la desgracia de la mujer es que en un momento dado significa todo, y al día siguiente no significa nada». Cuando una mujer de entre la gente dijo a Jesús: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron», Jesús contestó: «Mejor, ¡dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!» (Lc 11, 27-28). Jesús libera así a la mujer del peso de su función biológica. Descubre que la verdadera dignidad de la mujer no le viene dada por su capacidad de engendrar y parir, sino por la de su responsabilidad para dar una respuesta reflexionada y libre. Y sin embargo, la imagen que nos llega de María es una imagen llena de superlativos y poblada de mayúsculas. Fenómeno que se produce con frecuencia: hablar de la mujer con exaltación poética, que no es otra cosa que un confinamiento en los ámbitos que resultan cómodos a los hombres. Esas admiraciones vacías pueden convertir las diferencias en desigualdades y alejar el respeto mutuo, la cooperación, el diálogo, etc., de las relaciones humanas.

- «Había allí una mujer que desde hacía 18 años estaba enferma a causa de un espíritu y andaba encorvada, sin poderse enderezar del todo. Al verla, Jesús la llamó y le dijo: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. Y le aplicó las manos. La mujer, en el acto, se puso derecha y glorificaba a Dios» (Lc 13, 10-17).

Esa espalda doblada es la imagen de todas las opresiones, humillaciones y sometimientos que viven tantas mujeres en el mundo. Cuando Jesús sana y endereza a esa mujer, llama a las mujeres a salir de las situaciones de subordinación, a sacudirse de sus hombros roles, funciones y repartos injustos, a mirar de frente y tener el valor de afirmarse y sostenerse unas a otras y a todos aquéllos que se encuentran excluidos.

- «Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, les dijo:

“Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile pues que me ayude”. Le respondió el Señor: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada”» (Lc 10, 38-41).

Con sus gestos y palabras, Jesús quiere liberar a la mujer de esa concepción que la mantiene en un segundo plano. Quiere hacerle ver que ella tiene derecho a otras preocupaciones, que puede escapar de los estereotipos y viejos modelos de relación entre el hombre y la mujer, que no son más que costumbre y tradición pero que falsean las relaciones y deforma las mentalidades.

- Según el Evangelio de Juan, una mujer, María Magdalena, es la primera en dar testimonio de la Resurrección de Jesús (Jn 20, 11-18). Jesús envía a María Magdalena a la comunidad y le encomienda una misión. Abre delante de ella el futuro y María Magdalena se pone en camino para llevar a cabo su misión de anunciar la buena noticia. Es decir, las mujeres están llamadas a abrir sus responsabilidades en el contexto mundial, en la lucha por el futuro, en la construcción de un mundo nuevo. Con María Magdalena, Jesús invita e insta a las mujeres a abrir caminos nuevos de relación, a que lleve al dominio público esas actitudes cultivadas en lo privado: su capacidad de compasión, de cuidado, de protección de la vida. Es decir, poner sus dones al servicio de toda la Humanidad.

Este diálogo de historia a historia, esta mirada esperanzada, la convicción de que en el Evangelio se encuentra el llamamiento a la vida, su caudal liberador es lo que tiene que empujarnos a las mujeres y hombres, cristianas y cristianos, a seguir luchando, a seguir buscando alternativas, a seguir apostando por cada mujer dominada, oprimida, humillada.

Propuestas para una mujer nueva en el nuevo milenio

Cuando nos referimos a la situación de la mujer en la sociedad observamos que es «doblemente

pobre». La mujer, como tres cuartas partes de la población, se encuentra oprimida por el sistema económico que rige absolutamente todas las facetas de la vida. Este sistema está basado en un consumismo atroz por parte de pocos y a costa de muchos, que conlleva la valoración de cualquier ser humano en tanto produce y tiene, nunca por lo que es.

Es por ello, que la liberación de la situación de pobreza en que se encuentra sumida la mujer pasa por un planteamiento distinto de la sociedad actual. Esto supone un cambio de las estructuras injustas que oprimen a los más pobres y a las doblemente pobres, crear una sociedad donde se asegure a cualquier ser humano la manutención, la vivienda digna, el trabajo, la sanidad y la educación adecuada. Aun así, de cara a la liberación de la mujer, tener cubiertas las necesidades básicas, nos llevaría exclusivamente a la creación de una sociedad de bienestar o aspirar a conseguir los mismos «beneficios» que el varón pero, ni mucho menos conlleva, la plenificación del ser humano.

Acompañado de las medidas estructurales debemos ir creando sociedades básicamente comunitarias, donde el otro no sea un competidor sino una persona, donde el reparto equitativo de los recursos surja de la disminución personal del consumo de algunos y de la vivencia de los bienes materiales en función de la necesidad básica. Comunidades donde las familias vivan más allá de los muros del jardín de Epicuro y se vele por el cuidado de nuestros hijos y los hijos de los demás. Donde se viva más allá del placer inmediato, buscando la felicidad en la liberación personal y comunitaria, aun sabiendo que supone sacrificio y dolor pero gozo existencial a la larga.

Pero la mujer es doblemente pobre por la situación de opresión que vive respecto al hombre. Sociedades donde se concibe la mujer exclusivamente a la sombra del marido, nacida de su costilla, véase el sentimiento de «solterona», las mujeres maltratadas que justifican el comportamiento de su marido o las relaciones sexuales de muchos matrimonios basadas en dar placer al varón. Todo ello genera en la mujer el sentimiento de inferioridad que merma sus capacidades reales de confianza, decisión, inteligencia y amor propio. Si nos embarcamos en la liberación de la mujer, pasa por tener una actitud de acompañamiento, para ayudarla a creer en ella misma

de nuevo evitando hombres «heroicos» que solucionen los problemas, y convirtiéndonos, hombres y mujeres, en compañeros/as de camino que nos alienten a empezar a caminar por nosotras mismas.

Las alternativas o líneas de actuación de cara a los tiempos venideros respecto a la mujer pasan fundamentalmente por dos ámbitos que deberían replantearse en globalidad: el ámbito de la familia (educación de los hijos, tareas del hogar, equilibrio afectivo), y el ámbito formativo-laboral.

La familia debería dejar de ser «competencia» exclusiva de la mujer para crear familias y hogares equilibrados y enriquecidos por el hombre y la mujer. La casa, los hijos, las tareas, el equilibrio afectivo del hogar... la mujer se ha visto encerrada y esclava de tareas que mantienen actitudes de injusticia y potencian la irresponsabilidad por parte del varón.

Proponemos, cuando menos, que sean los hombres los que soliciten excedencias, bajas de maternidad, vuelvan de sus trabajos con responsabilidad y a tiempo para atender aquellas tareas que atañen a ambos: lavadoras, baños de críos, tareas escolares, cocina,

ir a buscar agua, ir a buscar leña... puesto que el tiempo que dedican a trabajar más de lo necesario, a ver fútbol o estar en bares no es tiempo que les pertenece sino robado de su mujer.

Proponemos leyes que permitan la cabida en nuestra sociedad de mujeres y hombres trabajadores: tiempo de baja de maternidad más prolongado, sustento económico mayor, más plazas en Escuelas Infantiles, actividades extra escolares remuneradas, posibilidades reales de medias jornadas o reducciones de jornadas.

Proponemos que los hombres y las mujeres de hoy en día no se dejen llevar por el consumismo, el individualismo y, a fin de cuentas, el egoísmo, de tal manera que los hijos se consideren una carga o un gasto al cual no quieren ha-



cer frente, a fin de poder satisfacer sus necesidades consumistas y mantener su tan deseado amor de pareja estable e inerte para ellos mismos. Así como también una paternidad responsable y, como uno de los medios para ello, la educación de la sexualidad que evite que se tome a la mujer como un instrumento de placer, situándola en el lugar de amor y respeto mutuo que en cualquier pareja debe potenciarse, huyendo del discurso barato de que la mujer es libre para hacer lo que quiera con su cuerpo.

Proponemos revisar creencias y discursos absurdos que encierran a la mujer en roles utilitaristas, puesto que la mujer no tiene un innato espíritu de sacrificio que le lleve a sobrecargarse de manera especial respecto al hombre. El vínculo

entre madre e hijo es el mismo que el que se genera entre cualquier ser humano que se deja la vida por otro, de hecho en las parejas que adoptan hijos esto se puede palpar más claro. Por tanto, aferrarse a este discurso lo único que potencia es la irresponsabilidad de los padres hacia sus hijos. En la educación de nuestros hijos/as no deberíamos generar lazos paternalistas a nuestras hijas mientras que animamos a nuestros hijos a que se superen a sí mismos. No esperemos de ellas que sean sacrificadas, lindas y afectivas y de ellos brutos y competitivos. Desearía pudiéramos educar a nuestros hijos e hijas a ser personas maduras, capaces de elegir por sí mismas, con espíritu de sacrificio y superación, amadas para que sean capaces de amar, de generar lazos de solidaridad, capaces de expresar sus sentimientos, capaces de comprometerse y responsabilizarse... independientemente de que sean hombres o mujeres.

Proponemos que la vida tenga valor por sí misma de tal manera que no se pueda determinar la viabilidad del feto por motivos que enmascaran en su raíz actitudes de comodidad y competitividad. Por ello debemos encaminarnos a una sociedad donde tengan cabida todos los seres humanos. Mientras seamos valorados por lo que hacemos, por lo que producimos, no tendrán lugar ni niños con algún tipo de malformación, ni ancianos, ni enfermos... Debemos encaminarnos a crear sociedades donde sean responsablemente atendidos y amados por hombres y mujeres. Promovamos propuestas como el acogimiento o la adopción de niños con dificultades, y leyes protectoras de la vida acompañadas de medidas sociales que permitan alimentar a los hijos, facilitarles una educación básica y una salud.

Las ingratas tareas domésticas han de ser asumidas en igualdad, puesto que nos encaminamos a evitar realizarlas (como *culmen* de bienestar) contratando a una emigrante para que limpie nuestra porquería. ¡Valiente justicia! Claro que si las tareas más ingratas las asume tu mujer ¡valiente cobarde!

Tenemos que encaminarnos a generar lugares formativo-laborales para las mujeres, principales víctimas del paro, de la discriminación y de la precariedad. Si bien no es la solución a sus problemas, cuando menos la sitúa en lugar más favorable para enfrentarse a los entresijos de la pobreza. Clases de alfabetización, campañas estatales que fomenten la educación de las niñas, liberar a las mujeres de tiempos de hogar para que pueda acudir sin sobrecarga y de manera real. Aunque no deseamos como ideal, que la mujer se incorpore a un mercado laboral competitivo y puramente productivo sino que hombres y mujeres trabajaran según sus capacidades y recibieran cada uno según sus necesidades.

Por ello la verdadera propuesta pasaría, tanto para hombres como para mujeres, por un cambio de mentalidad individualista a una mentalidad comunitaria. Generar la dinámica donde no sólo me interesa mi bienestar sino el de los demás, permitiría situaciones donde la comunidad, en favor del desarrollo personal de cada uno, respaldaría y apoyaría con medios concretos problemáticas cotidianas como las del compromiso trabajo-tiempo con los hijos o las tareas del hogar. Sólo desde esta dimensión comunitaria se puede realizar plenamente la vocación de la persona, hombre o mujer, y sólo desde ella es posible construir una sociedad verdaderamente humana.

Fuentes consultadas

- *Documentación social*. Revista de Estudios Sociales y Sociología aplicada. N° 105. Mujer. Edita Cáritas Española.
- *Cuando la mujeres se sienten creyentes y feministas*. Grupo mujeres HOAC, Dolores Alexandre, Magdalena Fontnals. Suplementos Cristianismo y Justicia. N° 43. 1992.